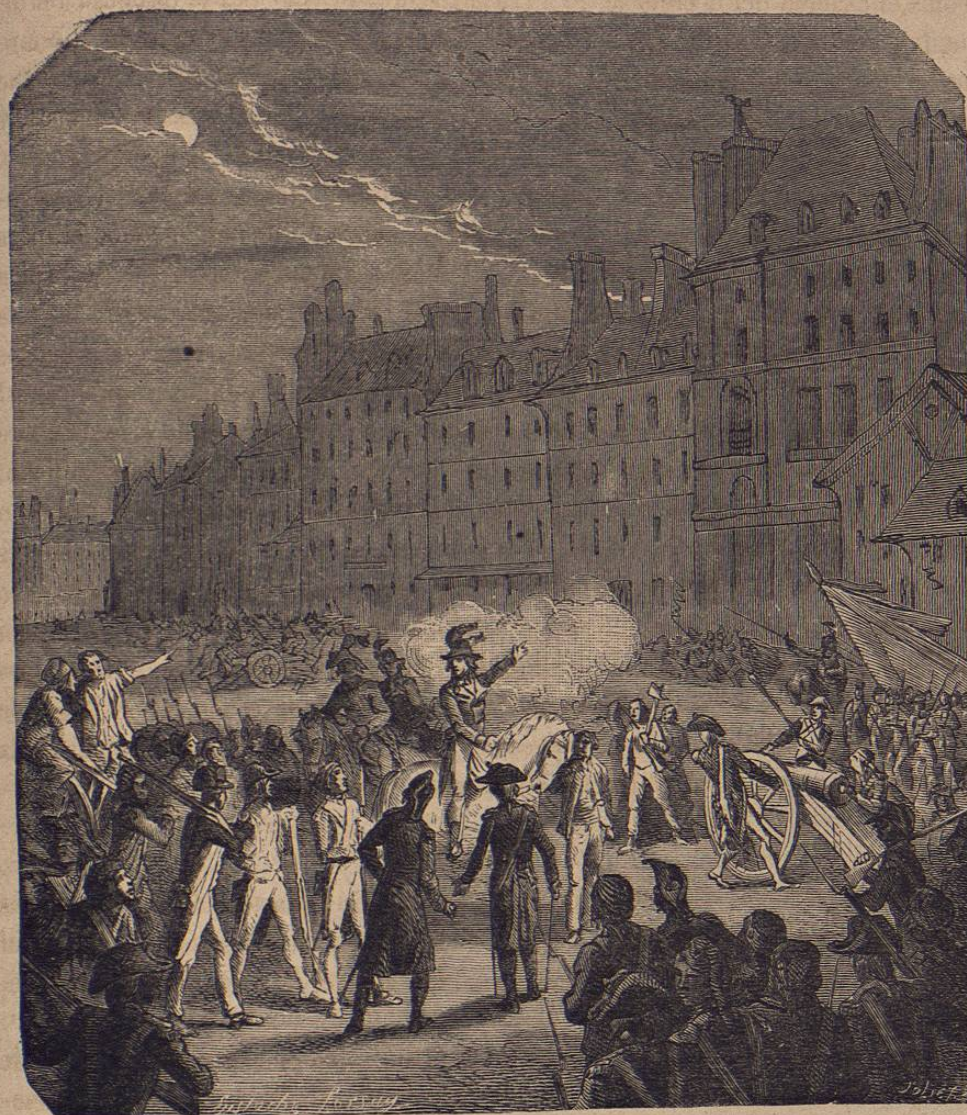


«Pero nosotros los republicanos,—continuó Tallien con voz más tranquila,—acusamos al tirano con la lealtad del valor ante el pueblo francés. No, no esperen los partidarios del hombre que acuso otro 31 de Mayo ni otras proscripciones. ¡La justicia nacional sólo descargará sobre los malvados!...» Todo el salón se asoció por sus aplausos al voto de venganza y clemencia de Tallien. «Pido la prision de Henriot para que la fuerza armada no se extravie por sus jefes. En seguida pedirémos el exámen del decreto de 22 Prairial, acordado sólo por la proposicion del hombre que nos ocupa.» Los labios de Tallien parecia que repugnaban pronunciar el nombre de Robespierre. La Llanura aplaudió á la perspectiva de seguridad devuelta á la Convencion. «No somos moderados,—prosiguió Tallien dirigiéndose á la Montaña, que aplaudió esta seguridad,—pero queremos que la inocencia no sea oprimida...» El centro se conmovió y palmoteó á esta promesa de humanidad. Todos los partidos se confundieron con la voz de Tallien en el odio y en una esperanza comun. «Ayer,—prosiguió para concluir con su enemigo,—ayer se han atrevido á ultrajar á un representante del pueblo que se mantuvo siempre en la brecha de la revolucion. ¡Que se despierten todos los patriotas! ¡Llamo á todos los amigos de la libertad, á todos los jacobinos, á todos los periodistas republicanos! ¡Que concurren con nosotros para salvar la libertad!... Han dirigido la vista sobre mí; yo habria llevado mi cabeza al cadalso con valor, porque me hubiera dicho: «¡Dia vendrá en que mis cenizas se recogerán con los honores que se deben á un patriota sacrificado por un tirano!» El hombre que está á mi lado en la tribuna es un nuevo Catilina, los que le rodean son otros Verres. No se dirá que me entiendo con los miembros de los comités, porque no los conozco. Desde que concluí mi comision, he estado agobiado de disgustos. Robespierre queria aislarnos y atacarnos sucesivamente, á fin de quedar solo con sus hombres crapulosos y llenos de vicios. Pido que se decrete la permanencia de la sesion hasta que la cuchilla de la ley haya asegurado á la república y herido á sus criaturas.»

VIII

Las proposiciones de Tallien fueron votadas por aclamacion. Billaud-Varennes añadió á la lista de las prisiones decretadas á Dumas, vicepresidente del tribunal revolucionario. Delmas añadió á todo el estado mayor de Henriot. Robespierre, en fin, quiso hablar; nuevos gritos de *¡Muera el tirano!* impidieron su palabra. Muchas voces llamaron á Barere á la tribuna. Este subió en nombre del comité de salud pública. La noche y los síntomas de victoria habian cambiado sus convicciones; friamente aniquiló á Robespierre, á quien sostenia el dia anterior. «Quieren—dijo—producir movimientos en el pueblo, quieren apoderarse del poder nacional á favor de una crisis preparada. Sólo los comités son la egida, el asilo del gobierno. Entre tanto que refutamos los hechos enunciados por Robespierre, hemos propuesto las medidas que reclama la tranquilidad pública: estas medidas son la supresion del mando de la fuerza armada y de su estado mayor.» Barere propuso que se anunciassen estas medidas al pueblo por medio de una proclama. «Ciudadanos,—decia,—la libertad se pierde si ponemos en balanza algunos hombres y la patria. Al gobierno revolucionario le atacan en medio de nosotros. Si no os reunis á la Representacion nacional, el pueblo francés será víctima de las venganzas de los tiranos.» La opinion de un hombre como Barere, que no abandonaba sino á los

débiles, decidió á los más indecisos. Todos los que no sentian el horror de la dominacion de Robespierre, le fingieron. La proclama al pueblo se adoptó, y Robespierre se sonrió de piedad. Permaneció en la tribuna, como si nada fuese desesperado en su fortuna y como si aquella tempestad no le hubiese precipitado. Unido á la balaustrada, con los brazos cruzados y los labios contraidos, los músculos de las mejillas palpitantes, dirigiendo los ojos tan pronto á la Montaña como á la



Los thermidorianos arengan á las secciones.—Pág. 488.

Llanura, se veia que su fisonomía pasaba de la impaciencia á la resignacion, de la cólera al desprecio. Víctima abatida, pero no inmolada aún, podia levantarse y recobrar el ascendiente sobre sus enemigos. Miraba con frecuencia á la entrada del salón, y parecia escuchar fuera la voz ó el paso del pueblo para socorrerle.

El anciano Vadier, presidente del comité de seguridad general, por mucho tiempo amigo y ahora el más encarnizado de los enemigos de Robespierre, á quien codeó al subir á la tribuna, sucedió á Barere. «Hasta el 22 Prairial—dijo Vadier—no habia abierto los ojos sobre este personaje astuto que ha sabido tomar todos los disfraces, y que cuando no ha podido salvar á sus criaturas, las ha enviado á

la guillotina. Nadie ignora que ha defendido abiertamente á Bazire, á Chabot, á Camilo Desmoulins y á Danton. El tirano, que es el nombre que le doy, queria dividir á los dos comités. Si se ha dirigido sobre todo á mí, es porque he hecho contra la supersticion un informe que le ha disgustado. ¿Y sabeis por qué? Habia bajo el colchon de la *Madre de Dios*, Catalina Theos, una carta dirigida á Robespierre, en que le anunciaba que su mision estaba escrita en las profecías, y que él restableceria la religion sin sacerdotes, y sería el pontífice del nuevo culto...»

A estas palabras, una risa prolongada corrió con afectacion entre las filas de la Asamblea. El ridículo degradó más al tirano que el ultraje. Vadier se gozó maliciosamente en el sentimiento que excitaba, Robespierre encogió los hombros, y Vadier continuó: «Al oír á este hombre, es el defensor único de la libertad; desespera, y todo lo quiere abandonar; es de una rara modestia. Tiene por eterno refrán: «Estoy oprimido, se me impide hablar»; y no hay quien hable sino él, porque cada una de sus palabras es una voluntad conseguida. El dice: «Tal conspira contra mí, luego tal conspira contra la república». El dirige espías contra los pasos de cada diputado. El mismo me sigue hasta en las mesas en que me sienta.»

Vadier dejaba consumir con aquellas pinturas y aquellos detalles la impaciencia de los conspiradores. Mecia demasiado tiempo el golpe sobre la cabeza de Robespierre. La reflexion podia amortiguarle, y Tallien quiso precipitarlo. «Pido—dijo—que se lleve la discusion al verdadero terreno.» «Yo mismo sabré traerla»,—exclamó al fin Robespierre adelantándose algunos pasos. Los gritos, las patadas en el suelo y el tumulto concertado de la Montaña ahogaron de nuevo la voz del dictador. Tallien avanzó tambien y le separó. «Dejemos—dijo—estas particularidades, por importantes que sean. No hay ninguno de nosotros que no tenga que revelar contra él un acto de inquisicion ó de tiranía; pero sólo sobre el discurso que ha pronunciado ayer en los Jacobinos llamo todo vuestro horror. Allí es en donde se descubre el tirano, y allí es en donde yo quiero destruirle. Este hombre, cuya virtud y patriotismo son tan ponderados; este hombre, que se ha visto en los acontecimientos del 10 de Agosto no aparecer sino tres dias despues de la revolucion; este hombre, que debia ser en los comités el defensor de los oprimidos, los ha abandonado hace seis semanas para venir á calumniarlos miéntras que salvaban la patria.» «¡Eso es, eso es!»—exclaman en todas partes. «¡Ah! Si yo quisiera—siguió Tallien—trazar todos los actos de opresion que han tenido lugar, probaria que en el tiempo en que Robespierre ha estado encargado de la policia general, ha sido cuando se han cometido.»

Robespierre se lanza indignado al lado de Tallien. «¡Es falso!—exclama tendiendo la mano.—Yo...» El tumulto cortó de nuevo la frase y desarmó á Robespierre aún de su valor. Más irritado de la injusticia que desconcertado por el número de sus enemigos, baja precipitadamente los escalones de la tribuna, sube las gradas de la Montaña y se lanza en medio de sus antiguos amigos, les apostrofa echándoles en cara su defeccion, y les suplica que le concedan la palabra. Todos á los que se dirige vuelven la cabeza. «Retírate de estos bancos, de donde la sombra de Danton y de Camilo Desmoulins te rechazan»,—le dijeron los montañeses. «¿Es, pues, á Danton á quien quereis vengar?»—respondió Robespierre como herido de admiracion y de remordimientos. Los bancos que se le niegan fué la única respuesta de la Montaña. Bajó al centro, y dirigiéndose con aspecto supli-

cante á los restos de la Gironda, les dijo: «Pues bien, á vosotros, hombres puros, vengo á pedir un asilo, y no á esos tunantes»,—señalando con el gesto á los Fouché, Bourdon y Legendre. Al decir estas palabras, se sentó en un sitio vacío en un banco del centro. «¡Miserable!—le dijeron los girondinos.—¡Ese era el sitio de Vergniaud!» Al nombre de Vergniaud, Robespierre se levantó de pronto y se separó con espanto.

Proscrito de todos los partidos, se refugió de nuevo en la tribuna y se dirigió con ira al presidente enseñándole el puño. «¡Presidente de asesinos!—le dijo con una voz que se ahogó por la última vez.—¿Quieres concederme la palabra?» «A su tiempo la obtendrás»,—le respondió Thuriot, á quien Collot-d'Herbois acababa de ceder la presidencia. «¡No, no, no!»—responden á la vez los conjurados, decididos á herir sin oírle. Robespierre se obstina en hablar; el estruendo le sumerge, y no deja oír más que amargos alaridos; no se ve más que gestos sucesivamente suplicantes ó amenazadores, no pudiéndose entender ninguna palabra. La voz de Robespierre se enronqueció y se extinguió á la vez. «La sangre de Danton te ahoga»,—le dijo Garnier de l'Aube, amigo y compañero de Danton. Esta palabra acabó con Robespierre. La voz desconocida de un representante oscuro, llamado Louchet, hizo estallar el grito que contenian todas las bocas, y que nadie se atrevia á pronunciar. «¡Pido—exclamó Louchet—el decreto de prision contra Robespierre!»

Lo grande de la resolucion, el peligro exterior y el largo respeto, paralizaron por un momento á la Convencion. Parecia que atentando á la persona de Robespierre se atentaba á la majestad y á la divinidad del pueblo. El silencio precedió á la explosion; la Asamblea dudaba, los conjurados conocian el peligro, cuando algunas palmadas salidas de los bancos de la Montaña dieron la señal de los aplausos á la proposicion de Louchet. Aquellas palmadas se prolongaron, crecieron y estallaron al fin en un largo y unánime aplauso.

En aquel momento un jóven se levantó, á pesar de los esfuerzos de sus colegas que le retuvieron por la casaca. Era Robespierre el menor, inocente, estimado y puro de los crímenes y de la tiranía achacados á su sangre. «Soy tan culpable como mi hermano,—dijo el jóven con un aspecto que desdeñaba las súplicas y rehusaba la indulgencia.—He participado de sus virtudes y quiero compartir su suerte.» Algunas exclamaciones de admiracion y de piedad respondieron á aquel sacrificio fraternal. La masa, indiferente ó impacientada, aceptó el sacrificio sin honrarlo aún con su atencion.

Robespierre se esforzó por hablar de nuevo, no por él, sino por su hermano. «Acepto mi sentencia, he merecido vuestro odio; pero sea por crimen ó por virtud, él no es culpable de lo que vosotros castigais en mí.» Un ruido obstinado de pisadas é invectivas sordas le respondió. Se volvió en vano, tan pronto hácia el presidente, tan pronto hácia la Montaña, como tan pronto hácia la Llanura, para obtener el derecho de defender á su hermano. Temian su voz, desconfiaban de una emocion, y temian á la naturaleza.

«Presidente,—exclamó Duval,—¿será posible que un hombre se haga dueño de la Convencion?» «¡Ya lo ha sido demasiado tiempo!»—dijo una voz. «¡Qué duro de abatir es un tirano!»—exclamó al fin Freron, á la manera de un leñador que descarga el hacha en un árbol. Esta palabra y esta accion pareció arrancar á Robespierre de la tribuna y sublevar la Convencion. «¡A la votacion, á la votacion!

¡A la cárcel!» Este deseo general hizo violencia á la fingida longanimidad del presidente. La prision se votó por unanimidad. Todos los diputados se levantaron gritando ¡Viva la república! «¿La república?»—exclamó con ironía Robespierre.— «¡Está perdida, porque los pícaros triunfan!» Y bajó con los brazos cruzados al pié de la tribuna.

Lebas, que estaba sentado al lado del joven Robespierre, se separó generosamente de los perseguidores de su amigo. «No he querido—dijo—participar del oprobio de este decreto. ¡Pido la prision para mí mismo!» Se concedió á Lebas la muerte que pedia, comprendiéndole en el decreto que ordenaba la prision de los dos Robespierre, Couthon y Saint-Just. Barere, instrumento impasible y mecánico de la Convencion, redactó de prisa los decretos contra sus colegas del dia anterior.

Mientras que Barere escribía, dijo Fréron, para no dejar adormecer la ira de la Asamblea: «Ciudadanos, ahora es cuando la patria y la libertad van á salir de sus ruinas. Se queria formar un triunvirato que habria recordado las proscripciones de Sylva. Los triunviros Robespierre, Couthon y Saint-Just querian formar con nuestros cadáveres la escalera para subir al trono...» «¡Yo aspirar al trono!»—respondió con melancólica ironía Couthon, levantando la capa que le cubria y señalando sus piernas paralíticas.

Collot subió al sillón de la presidencia. «Ciudadanos,—dijo,—acabais de salvar á la patria. La patria, cuyo seno estaba destrozado, no os ha hablado en vano. Se decia que era necesario renovar contra vosotros el 31 de Mayo...» «¡Mientes!»—exclamó Robespierre desde el pié de la tribuna. A esta palabra, que la Convencion aparentó tomar como un insulto, los gritos de la Montaña se redoblaron, llamando á los acusados á la barra. Los ujieres titubearon en coger á Robespierre, detenidos por la costumbre de respetarle. El resistió á sus intimaciones, y los gendarmes le asieron por un brazo y le sacaron con sus coacusados. Robespierre parecia animado aún por el calor del combate; Saint-Just, un discípulo orgulloso en participar de la suerte de su maestro; Couthon, una víctima ya mutilada, y los otros dos, inocentes que aceptaban voluntariamente la pena del crimen por no faltar á sus doctrinas y á sus amigos. Silenciosos y degradados de su rango de representantes, les obligaron á la vista de las tribunas á oír las prolongadas declamaciones de Collot-d'Herbois y las felicitaciones que su caída arrancaba á las bocas de sus antiguos aduladores. A las tres se levantó la sesion, y los gendarmes condujeron á los acusados, por medio de la plaza del Carrousel, al palacio de Brionne, donde se reunia el comité de seguridad general. Multitud de espectadores y de diputados se precipitaron detras de ellos para contemplar aquel juego de la fortuna. Los dos Robespierre, cogidos del brazo en señal de una indivisible amistad aún en la muerte, iban delante de todos. Saint-Just y Lebas les seguian tranquilos y tristes, y dos gendarmes llevaban á Couthon en una silla. Los sarcasmos, las risotadas y las maldiciones les acompañaban.

Al mismo tiempo, un convoy de carretas que conducia cuarenta y cinco sentenciados se dirigia por el arrabal de San Antonio hácia el cadalso. Algunos amigos de aquellos sentenciados y algunos generosos ciudadanos, sabiendo que la Convencion acababa de libertarse, y creyendo que la clemencia iba á salir por sí misma de la destruccion de la tiranía, seguian á las carretas y les hicieron volver á los gritos de ¡Perdon! que el pueblo repitió. Henriot, para quien la continuacion del

Terror era la señal del poder, llegó á caballo con un grupo de sus satélites, dispersó á sablazos á los compasivos ciudadanos, é hizo consumir el suplicio.

El dia anterior, sesenta y dos cabezas cayeron entre el primer discurso de Robespierre y su caída. En este número estaba la de Roucher, autor del *Poema de los Meses*, aquellos *Fastos* franceses, y la del joven poeta Andres Chenier, la esperanza entónces y despues el duelo eterno de la poesía francesa. Aquellos dos poe-



Los batallones de la Convencion se apoderan de la casa de la ciudad (9 Thermidor).—Pág. 491.

tas iban sentados al lado uno de otro en una misma tabla, con las manos atadas á la espalda. Iban hablando con calma del otro mundo, y con desden del que iban á dejar; separaban la vista de aquel tropel de esclavos y recitaban inmortales versos, mostrando la firmeza de Sócrates. Sólo Andres Chenier, ya sobre el cadalso, dándose un golpe en la frente contra un pilar de la guillotina, dijo: «¡Es lástima! ¡Yo tenia algo aquí!» Unica y dolorosa queja del destino, que sentia, no la vida, sino el genio segado ántes de tiempo. Francia, como Ofelia, la loca de Shakspeare, arrancaba de su cabeza y arrojaba en la sangre los florones de su propia corona.